

**DISCURSO DE SU EMINENCIA EL CARDENAL CHRISTOPHE PIERRE
NUNCIO APOSTÓLICO A LOS ESTADOS UNIDOS
CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL
LUCAS OIL STADIUM – INDIANAPOLIS, INDIANA
JULIO 17, 2024**

¡Alabado sea Jesucristo!

Me alegra estar con todos ustedes en este Congreso Eucarístico Nacional, una celebración histórica para este país. Gracias, Obispo Cozzens, por su incansable trabajo al frente de este Avivamiento Eucarístico. Gracias, Tim Glemkowski y los miembros del equipo de liderazgo, y todos los que han ayudado a preparar este congreso. Rezo para que su duro trabajo de servicio se vea recompensado con un encuentro consolador con Cristo durante estos días.

+ + +

Queridos hermanos y hermanas

Vengo aquí como representante personal del Santo Padre en los Estados Unidos. Como tal, mi presencia aquí es un modo de expresar la cercanía espiritual del Papa con ustedes, y su unidad con ustedes y con este país. Como enseña el Concilio Vaticano II: “El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de los obispos y de los fieles”. [1]

¡Qué don! Qué don es este, que podamos estar unidos como Iglesia a través de nuestro Santo Padre. Al mismo tiempo, lo que nos reúne en este congreso -la Sagrada Eucaristía- es también un inmenso don para la unidad. Como dijo San Juan Pablo II, “La Eucaristía es el sacramento y la fuente de la unidad de la Iglesia” [2] No necesitamos buscar la unidad en otro lugar, sino en la Eucaristía.

Quizá nuestra oración principal para este Congreso Eucarístico debería ser esta: Que nosotros, como Iglesia, crezcamos en nuestra unidad, para que seamos más fecundos en nuestra misión. Esta fue la oración que Jesús dirigió al Padre la noche en que instituyó la Eucaristía: “Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que

también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”[3].

Para realizar esta unidad que el Señor desea que tengamos, creo que puede ser útil volver a una pregunta básica. (¡A menudo, las preguntas más básicas son las más importantes!) La pregunta sobre la que me gustaría reflexionar es la siguiente: ¿Qué es el “avivamiento eucarístico”? Y para hacer la pregunta más personal: ¿Cómo sabremos que estamos experimentando un avivamiento eucarístico?

En el transcurso de los dos últimos años, hemos participado en un esfuerzo tremendamente bien organizado para centrar las mentes y los corazones de los católicos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Hemos hecho este esfuerzo en nuestras parroquias, en nuestras diócesis, y ahora a nivel nacional – todo lo cual ha ido en una especie de crescendo hasta ahora. A todos los niveles, hemos visto aumentar las oportunidades de adoración y bendición. Ha habido catequesis sobre la Eucaristía y, por supuesto, procesiones. Al exponer el Santísimo Sacramento para la adoración y aumentar nuestros actos de devoción, hemos vuelto a llamar la atención sobre este gran Sacramento para suscitar una fe renovada, tanto en nuestros hermanos católicos como en nosotros mismos. Incluso hemos atraído la curiosidad de personas de otras confesiones.

Y para ser muy claros: ¡Todo eso es bueno! Pero volvamos a la pregunta inicial: ¿Qué es el avivamiento eucarístico? Sabemos que ese avivamiento, aunque siempre va acompañado de la devoción sacramental, debe extenderse también más allá de las prácticas devocionales. Cuando somos verdaderamente “revividos” por la Eucaristía, nuestro encuentro con la presencia real de Cristo en el Sacramento nos abre a un encuentro con Él en el resto de nuestra vida. Esto significa verlo dondequiera que vayamos. Significa encontrarnos con Él en las interacciones que tenemos con los demás. No solo está presente en nuestra familia, amigos y comunidades, sino también en nuestros encuentros con personas de las que, de otro modo, nos consideraríamos divididos.

Esto puede incluir a personas de una clase económica o raza diferente, personas que desafían nuestra forma de pensar, y personas cuya perspectiva está informada por experiencias que difieren mucho de las nuestras. Cuando nos encontramos con esas personas -y cuando la lógica competitiva del mundo nos impulsa a ponernos a la defensiva-, Cristo está presente para ser un puente. Cristo, el primogénito de toda la creación, quiere ser un puente entre personas que son miembros de la misma familia humana: personas que son hijos del mismo Padre del cielo, y cuyo destino es estar unidos en el amor dentro de la misma casa eterna. Si estamos experimentando un verdadero «avivamiento eucarístico», entonces uno de los signos será un mayor movimiento por nuestra parte para construir puentes de unidad.

¿Por qué nuestro compromiso con la Eucaristía nos impulsa hacia la unidad? Porque, cuando celebramos la Eucaristía, experimentamos a Aquel que construyó el primer puente, que cruzó la distancia y se hizo uno con nosotros, incluso cuando estábamos separados de Él. Es Aquel que está con nosotros, haciéndose presente en las realidades complejas pero concretas de nuestra vida cotidiana. Por eso, creer en la presencia real de Cristo no es solo decir: En estas formas de pan y vino están Su cuerpo, sangre, alma y divinidad. ¡Claro que eso es verdad! Pero Cristo también está presente en la asamblea de su pueblo creyente. No solo eso, sino que está presente en las personas que luchan por conectar con Él a causa de las heridas, el miedo y el pecado. Tenemos que estar allí con Él, acompañando a esas personas y ayudándoles a experimentar la presencia real del amor de Cristo.

La adoración es esencial para nuestra relación con Cristo, pero es importante que la tratemos como eso: una relación. Si, en el acto de la adoración eucarística, mirásemos al Sacramento solo como un “objeto” que admirar, nos quedaríamos, por así decir, “del lado de afuera”. Adorar a Cristo es relacionarse con Él. Lo explica el Papa Benedicto: “La palabra latina para adoración es ad-oratio – contacto boca a boca, un beso, un abrazo, y por lo tanto, en última instancia, amor. La sumisión se convierte en unión, porque Aquel a quien nos sometemos es Amor. De este modo,

la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone nada desde fuera, sino que nos libera en lo más profundo de nosotros mismos”[4].

Al relacionarnos con Cristo de este modo a través de la adoración, también podemos relacionarnos con los demás de un modo que reverencie la presencia de Dios en ellos. Recuerdo que mi madre me decía: “Sabes, en la Iglesia, cuando se lleva el Santísimo Sacramento del altar al sagrario, la gente se pone de pie. ¿Te pones tú de pie cuando tus hijos, tus amigos, incluso tus enemigos han recibido en sí mismos el Santísimo Sacramento?” ¿Cuál es la diferencia?

Esto es, pues, lo que significa vivir una verdadera “vida eucarística”. La adoración se derrama en nuestra vida cotidiana: nuestra vida de relación con los demás, nuestra manera de ver a los demás. Cuando somos realmente reanimados por la Eucaristía -digamos, transformados por la Eucaristía-, no seguimos siendo los mismos que éramos. Cuando recibimos a Cristo, no solo exterior y parcialmente, sino interior y plenamente, empezamos a ver de otra manera. Vemos con los ojos de Cristo; vemos la realidad con sus ojos. Pensamos de modo distinto, porque, como dice San Pablo, “tenemos la mente de Cristo”[5].

No podemos ser agentes del poder de Dios si queremos controlarlo

El avivamiento eucarístico, por tanto, debe implicar una conversión pastoral. Recuerdan al Papa Francisco hablando de conversión pastoral. Los problemas que nuestra misión evangelizadora debe afrontar no son problemas que podamos resolver solos. Cómo afrontar la modernidad, cómo amar al que piensa distinto, cómo superar la división, cómo afrontar el sufrimiento: no son problemas que tengan soluciones humanas. Solo el poder de Dios puede curar las divisiones, redimir el sufrimiento y decir una palabra de salvación a los que están atrapados por el engaño. El poder de Dios viene a nosotros en la Eucaristía. Pero no podemos ser agentes del poder de Dios si insistimos en ver lo mismo, pensar lo mismo y controlar los dones de Dios. Esto es lo peor. Pretendemos ser los dueños del juego. Tenemos que dejarnos poseer por el Espíritu de Dios, e ir donde el Espíritu nos guíe.

Seamos sinceros. Seamos sinceros. Nosotros, todos nosotros, tenemos miedo de ir donde el Espíritu nos guía. ¿No es cierto? Quizá este debería ser el principal fruto del avivamiento eucarístico. Ser un pueblo animado por el Espíritu. Un pueblo capaz de escuchar la voz del Espíritu. Recuerdan cuando el Papa Francisco habla de la sinodalidad, dice, el primer paso es precisamente ese: Escucharnos unos a otros y escuchar al Espíritu en la persona que escuchamos. El fruto del avivamiento eucarístico. Recemos todos por un verdadero avivamiento eucarístico. Que este avivamiento nos abra los ojos a las formas en que Cristo vive y actúa en la realidad que tenemos ante nosotros, y que nos impulse a unirnos a Él en su obra.

Les animo a que, durante vuestra adoración de estos días, dejen que el Señor les revele todo lugar de resistencia. Ya saben lo que es la resistencia. Tenemos todo tipo de resistencias. Nos gustaría, pero no. El Papa Francisco habla sobre el permanecer en nuestra zona de confort. Incluso, ya saben, nuestra Iglesia podría ser nuestra zona de confort, ¿no?

Está bien, no estoy de acuerdo contigo, pero estoy cómodo con mi opinión. Necesitamos tiempo para pensar en eso. A menudo, nos resistimos a la obra de Cristo cuando tenemos miedo de soltar nuestro propio entendimiento y control – miedo de permitir que Su sabiduría y poder nos guíen. Pero la Eucaristía es un don de Dios. No fabricamos la Eucaristía, la recibimos. Pero renunciando a nuestra confianza en nuestras propias certezas, nuestros propios planes, nuestras agendas...

Sabemos que todos tenemos agendas, y somos lo suficientemente listos como para seguir nuestra agenda, y convencernos a nosotros mismos de que nuestra agenda es mejor que la agenda de Dios. Porque Dios no tiene agenda. Dios nos ama. Y nos guía por Amor. No para manipularnos. No para lograr Su agenda. Él es el único que puede llevarnos a una nueva vida. Siguiéndole, podemos convertirnos en verdaderos apóstoles de su Reino.

Notas:

[1] Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium, 21 de noviembre de 1964, 23.

[2] Papa san Juan Pablo II, Audiencia general, 8 de noviembre de 2000, 1.

[3] Juan 17:21.

[4] Papa Benedicto xvi, Homilía con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud, Colonia, Alemania, 21 de agosto de 2005.

[5] 1 Corintios 2:16.